

...CON FORMA DE SORTIJA, en Cuba, expertas torcederas ponían a los habanos su correspondiente etiqueta, unos habanos, que confeccionados artesanalmente, viajaban por todo el mundo, uno de esos puros estaba ahora entre las manos de Adán, que tras hacer una cata con los cinco sentidos decidió darse una gran fumada, un placer que reservaba para contados momentos, su avanzada edad no le permitía mantener el ritmo diario de tiempos pretéritos, la quemada del primer tercio del cigarro transcurrió sigilosa, apacible, tan apacible que cuando en el exterior de su castillo estalló un rayo, se descolocó de tal manera que salpicó con la ceniza la parte inferior del batín que vestía, se sacudió el polvillo y se reubicó confortablemente en su asiento de cuero rubicundo, aunque sin saberlo, algo había cambiado en sus adentros, cambiado porque esa tarde él había estado en una iglesia, un lugar al que fue para celebrar un aniversario, el aniversario de la muerte de una persona muy querida, querida y amada, y fue en ese acto donde se le activó una palanca, una palanquita que propició ese cambio interior, tanto se le removieron por dentro ciertas emociones que tenía anquilosadas en su pasado, que cuando retumbó otro trueno, Adán optó por suspender la fumada, dejar elegantemente el puro sobre su vidrioso cenicero y aproximarse a la ventana, desde allí contempló un espectacular relámpago que en su centelleo alumbró a las infinitas gotas de lluvia que rompían rabiosamente contra los cristales de la balconada, la situación, a pesar de su sobrecogedora belleza y de que las tormentas eran frecuentes en esa época del año, estaba comenzando a rebasar el límite de su paciencia, no solo por el efecto dramático que el fenómeno meteorológico causaba en su ya actitud apesadumbrada, si no porque paradójicamente este también le evocaba unos verbeneros, jubilosos y románticos recuerdos, los cuales, combinados con las emociones que se habían gestado durante la ceremonia religiosa, martilleaban negativamente y de un modo incontrolable su actual estado de ánimo, por lo que decidió dejarse caer en su butaca y ponerse al cobijo del ceniciento humo de su habano, el segundo acto le ofreció una combustión moderada, sin peculiaridades, pero en el último tercio del cigarro le aguardaba una sorpresa, como suele pasar con los puros, es en su parte final donde se concentra su mayor fortaleza, y si uno se detiene a apreciar los detalles, puede percibir aromas a heno, almendra tostada o a curtidos, como era este el caso, pero también se podía saborear, Adán sabía, por el color carmelita de la capa exterior del cigarro, que la fumada tendría toques dulzones, probablemente con un regusto a canela, chocolate negro o incluso melaza, pero lo que nuestro caballero no se esperaba era que tras esos golosos dejos vendrían una serie de matices ásperos junto con una pizca sabor amargo en el paladar, un variación no muy usual, pero que en este lance le estaba transmitiendo un regusto a priori irreconocible, era una sabrosa sensación, una sensación extraña que olvidada por el paso de los años, estaba resucitando de su pasado y que para su sorpresa acabó por petrificarle, Adán posó el habano sobre su antiquísimo cristal de Bohemia y dejó caer su frente sobre el dorso de una mano, algo enterrado en algún recóndito lugar de su memoria estaba resurgiendo en su vida a causa de ese gusto amargo, un matiz que tenía una cualidad singular, muy singular y muy particular, y que también estaba enraizado, muy enraizado en su persona, tan enraizado que lo estaba bloqueando por completo, Adán se regodeó en ese sabor, lo investigó con sus papilas gustativas, salivó y balbuceó intentando definir con palabras lo

que sentía, pero el preciado regusto se resistía a mostrar su esencia, aunque de pronto, irrumpió un picor a pimienta negra en la punta de su lengua, que de forma espontánea evolucionó hacia un distinguido y desconocido matiz, un matiz que maduraba por momentos, buscó y rebuscó con ahínco entre sus neuronas, por si hallaba en su archivo de sabores exóticos algún matiz similar, algún extraordinario matiz que tuviese la capacidad de poder atravesar en el tiempo todas las décadas de su vida, desde la niñez hasta la edad adulta y viceversa, al final lo descubrió, desenmascaró al acre y fugitivo gustillo, un gustillo que sorprendentemente encontró vinculado a los recuerdos de una época, la época más hermosa de su vida, y cuando ya lo tenía plenamente identificado, se dio cuenta de que ese anhelado sabor, ese matiz elemental que lo había estado arrimando a la locura, era simplemente el de un zarcillo, sí, un zarcillo, ese diminuto asidero que tienen las vides y que brota de los sarmientos entre hojas y racimos de uvas, un anodino vegetal que a ojos de cualquiera pasaría desapercibido, pero que para nuestro Adán tenía unas cualidades mágicas indefinibles e infinitas, un zarcillo que acababa de asirle a un tiempo pretérito y añorado, y que, como si hubiera sido embrujado por un hechicero, le hizo emprender un viaje hasta su lejana infancia, su nostálgica patria en la que fue rey de un imperio de inocencia y en la que durante una verbena y bajo la explosión de unos jubilares fuegos artificiales conoció a Eva, se encandiló románticamente de sus ojos felinos, de su nariz respingona, de sus pómulos agraciados y de su graciosa boca, toda su imagen se perpetuó en la retina de Adán, y este ya no podía librarse de ella, tampoco lo quería, cayó enamorado para siempre de sus encantos y la convirtió en la reina de ese paraíso terrenal, el jardín de su niñez, tal era su deseo por sorprenderla instante tras instante, por tener constantemente toda su atención, por estar con ella cada segundo, cada minuto, cada hora, que la llevó a su escondite más secreto, un campamento arrinconado bajo una parra, un espacio tan especial para él, que allí se atrevió a declararle su amor eterno, un acto apasionado en el cual, a falta de un anillo de compromiso para concluir la ceremonia, arrancó de la vid un zarcillo y lo partió en dos, enroscó por separado cada una de sus mitades, y clavó una en el anular de ella y la otra en el suyo, Eva tomó la mano de Adán y besó la alianza, él iba a corresponderla pero de pronto, Adán parpadeó en el presente, un presente del que quiso huir buscando ansiosamente la compañía de su cigarro, le dio una calada, una calada desesperada, larga, y profunda, pero muy a su pesar, el matiz del zarcillo ya se había esfumado, por lo que soltó con desdén el puro, como si el habano lo hubiese traicionado, y fue en ese justo instante cuando un pensamiento atravesó tan vigorosamente su cabeza que lo reanimó, sobresaltado y con furia se levantó a abrir un armario, agarró una novela con una de sus manos y con la otra la partió poéticamente por una página ya marcada, cerró los ojos, como esperando tener una nueva oportunidad para retomar ese viaje a ese espléndido pasado, respiró a solaz y evocó en su mente el perpetuo rostro de la inocencia de la que había sido su majestuosa reina, abrió de nuevo los ojos, aproximó cautelosamente las yemas de los dedos al libro y pellizó un vínculo, un vínculo sagrado, terrenal, un vínculo que almacenaba en su forma esférica el sentido cíclico de toda una vida, un vínculo que representaba una unión forjada durante la infancia de Eva y Adán, de Adán y Eva, una infancia en la que se habían vinculado sempiternamente a través de un zarcillo...